

Leyendas de Quidea  
**BAJO LAS ALAS  
DEL OLVIDO**

---

Juan Comparán Arias



Diagramación: Adriana Gabriela Castillo Yáñez.  
Coordinación editorial: Brenda Gutiérrez Mendoza.  
Ilustraciones: A Corazón Abierto Ilustración y Diseño.

*Bajo las alas del olvido*

Derechos reservados de la edición mexicana para

© Umbral Editorial, S.A. de C.V.

© Juan José Comparán Arias

ISBN: 978-607-619-453-9



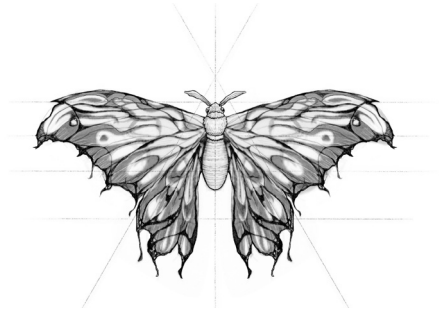
Eugénesis es una marca de Umbral Editorial, S.A. de C.V.

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del contenido de la presente obra mediante algún método, sea electrónico o mecánico (INCLUYENDO EL FOTOCOPIADO, la grabación o cualquier sistema de recuperación o almacenamiento de información), sin el consentimiento por escrito del autor y el editor.

Umbral Editorial, S.A. de C.V.  
Privada Porfirio Díaz N°15  
Col. El Mante, C.P. 45235  
Fax/Tel. (01 33) 3133 3053 y 3133 3059  
Zapopan, Jalisco, México  
[www.umbral.com.mx](http://www.umbral.com.mx)

Impreso en México / Printed in Mexico  
Primera edición  
2016

# Al lector

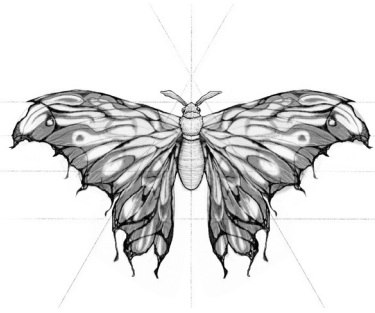


**P**ara muchas culturas antiguas de todo el mundo, el acto de soñar implica abrir las compuertas hacia un mundo vasto e inabarcable del ser interior, del ser libre en toda su expresión imaginativa y transgresora, de una dimensión sin las ataduras que nos imponen la lógica, la razón y los convencionalismos sociales. Tal vez se deba a ese acto de soñar que la creación de innumerables inventos y la resolución de problemas matemáticos extremadamente complejos se hayan dado en ese espacio sin marcos ni límites.

Este libro es una metáfora de ese mundo subyugado a la razón, de sus posibles amenazas, pero, sobre todo, de las grandes oportunidades que surgen cuando alguien toma conciencia del poder ilimitado de darle forma a sus sueños.



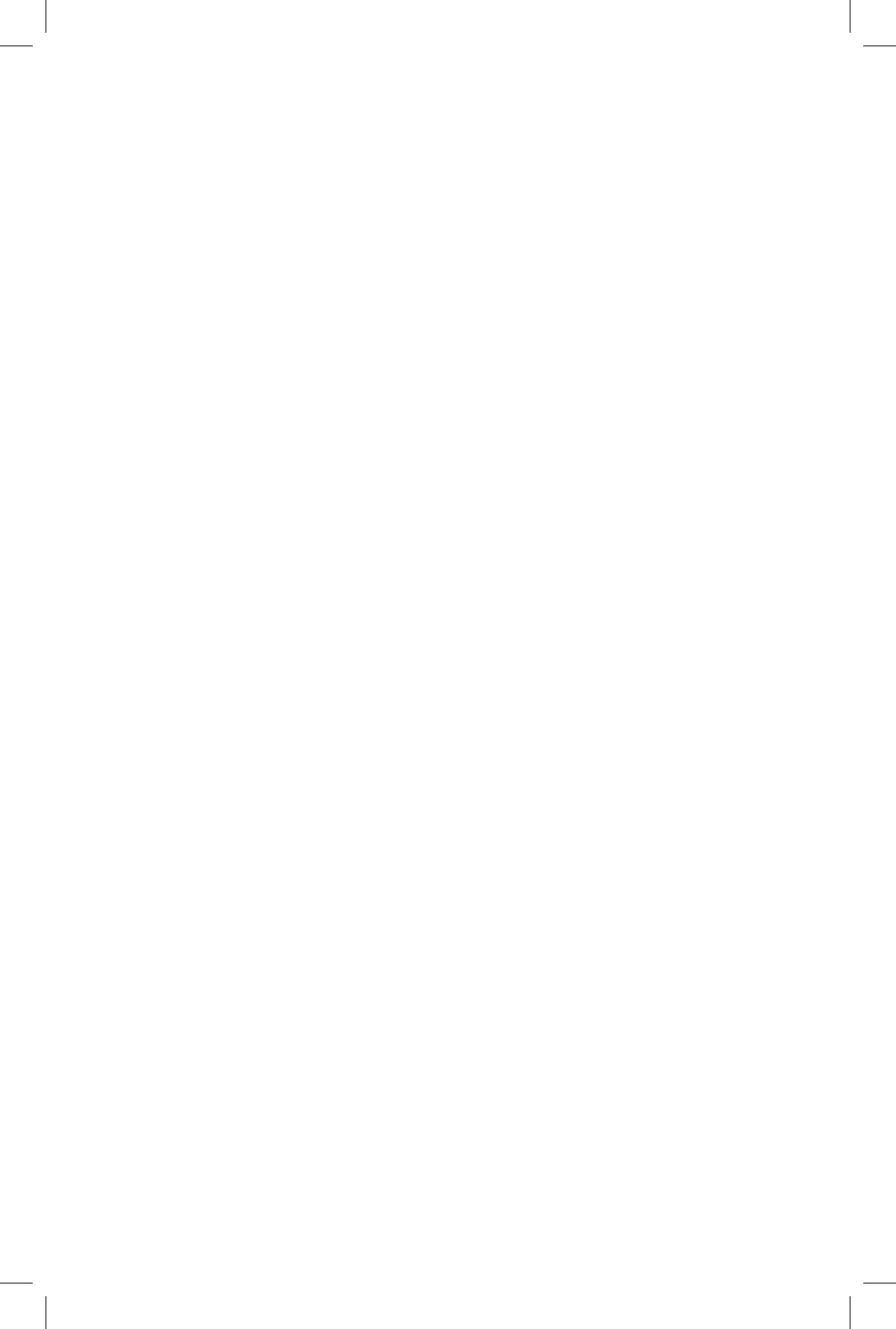
# Introducción



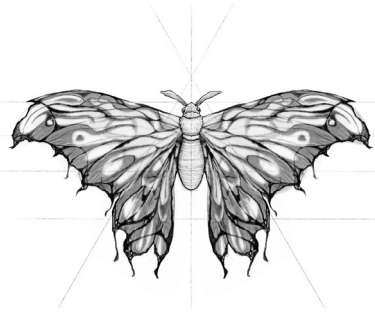
Lejos han quedado ya los días soleados en Tres Arenas, la vida tranquila en compañía de Guzo y Zeo. Ahora Erith se enfrenta a una nueva realidad: su paso por los pantanos y las cuevas del Dano ha marchitado su corazón-semilla. La fría oscuridad de su cautiverio ha apagado su alegre sonrisa y su ilusión por ir a Zewa en busca del Noveno Destello. El dolor extremo le ha hecho creer que el Destello es sólo una ilusión ruin y manipulada, que la traición y el engaño la rodean, y que fueron Roo y, tal vez, el mismo Zeo quienes la entregaron a su oscuro captor. No sabe que ella misma es la pieza de un conflicto milenario que demanda su sacrificio.

En su huida de las cuevas, sueños extraños invaden su mente y la trastocan, pero aún hay luz en el camino. Sin embargo, esta vez no estará sola, el valor y arrojo de sus nuevos amigos por protegerla de las fuerzas de Arkid harán que Erith descubra verdades inimaginables, secretos dolorosos y, principalmente, que el Noveno Destello puede que exista más allá de la realidad que conoce.

Nuevos sueños están por despertarse. Es probable que una verdad trascendental se guarde en ellos.



# Cierra los ojos y abre tu conciencia



— Sobre la mesa hay un vientre de escarabajo, cómelo Xaih.

—¿Quién eres y cómo es que entraste? —Xaih se sobresaltó y sintió gran inquietud cuando llegó a su claustro y se encontró con un intruso. Su incierto visitante estaba cubierto por un oscuro traje de largas hojas negras que le ocultaba el rostro resguardando así algún indicio de su identidad; fue el timbre de aquella voz que le reveló que quien le hablaba era una herba.

Con recelo se acercó a la mesa y tomó entre sus manos la delicada esfera para examinarla. La intrusa lo observaba desde un rincón camuflándose entre las sombras.

—No creas en todo lo que te dicen los Amantes, en ellos que nunca han estado en el lugar de los hechos y en una leyenda que puede tener muchas versiones según sea su narrador —afirmó con una voz suave y queda la herba mientras los ojos de Xaih parecían querer alumbrar las sombras de su escondite—. Lo que tienes en tus manos es un vientre de un escarabajo que vivió en los tiempos de Erith..., desde que llegó a mis manos lo he conservado y cuidado esperando a que llegara este momento.

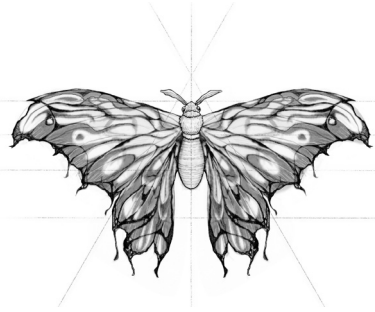
—¿Quién eres?

—Si eres inteligente, lo sabrás después de ingerir el vientre —la herba dio unos pasos hacia la puerta—. Debo irme antes de que la Luna Negra de hoy llegue a su fase más

peligrosa y los Amantes me descubran. Sólo puedo decirte que ha llegado el momento de que conozcas lo que tu hermana quería que supieras, Xaih: la verdad... Come ese vientre, cierra los ojos y abre tu conciencia.



# Sueños rotos



¿Qué rápido se rompe una vida? ¿Qué fácil es que te hieran con el dolor eterno? ¿Qué sencillo es que te arrebaten la fe? Todo este tiempo ha sido un retumbar de gritos. Gritos que parecen surgir de la insondable oscuridad en la que me siento flotar. Y como eco en la negrura, el sonido de unos pasos abre el camino de las tinieblas a unos cantos. Ya no son las vívidas voces dolorosas en mis oídos, ahora son ecos incesantes que reviven en las profundidades del volcán aquello que yo consideraba no tenía nombre y que sin embargo sabía que existía. A cada instante, el dolor se respira en la dura roca que me rodea, ¿a mí?, ¿a las otras? ¿Acaso soy presa de un sueño maldito? ¿Acaso el Dazh no fue suficiente para sabotear las visiones que me han torturado en...? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Estoy en Tres...? ¿Estoy...?

Todo es oscuridad. La poca luz de mi corazón-semilla parece haberse apagado. No lo siento. Bastaron sólo unas cuantas partículas de intenso granate para que todo olvidara. Para que me sintiera otra. Soy otra. Soy...

Se veía tan indefensa, tan natural. Su descenso fue revelador, como ver descender a una mariposa-correo con las palabras que sabes que te liberarán de tu cautiverio, aquellas que te traerán la claridad ante tanta plegaria al Gran Árbol. Su serpenteante deslizamiento hizo burbujear el lago de Dazh.

Tan sólo un trago de aquel líquido habría bastado para despertarme de este maldito sueño, pero me lo negaron como si supieran que ese burbujeante lago no era Dazh. Entonces supe que estaba delante de mi fin.

Poco puede hacer para que mis ojos no cayeran presos de la danza de esa mariposa: la gracia de sus giros, la perfección en sus trazos como si escribiera en el aire, como si tocara notas de un instrumento de luna, como si estuviera disponiendo de las lunas y sus rayos. ¿En qué momento se rompió el encanto?, no lo sé. Un denso y grueso polvo nubló mis ojos, mi mente. Y fui grito, fui voz, cascada llameante de Dazh colorido. Dejé de ser yo. Y mi voz fue rugido, clamor. El Dazh brotó por mis hojas sin que pudiera contener su huida. ¿Quién, quién apagó el poco sol que me quedaba? Un instante, y fui silencio. Oscuridad plena. Dolor lleno de miedo.

Un instante. Creo que siento. Creo que palpo. Creo que estoy. Creo que la oscuridad dejó de ser eterna. Siento.

Un vistazo bastaría para confirmar que todo ha sido un sueño. Un sueño maldito. Pero ¿para qué mirar? ¿Para qué abrir los ojos y ver la misma oscuridad que se esconde detrás de ellos? Es un hecho, la oscura y vaporosa nada me rodea, inevitable. Una punzada en mi pecho me recalca que estoy viva. Mi nebuloso cuerpo parece develar un camino conforme se va despertando de su letargo. El hálito de la tierra parece empujar cada parte de mí en una apremiante desbandada de partes dolorosas. Pero ¿qué sentido tiene buscar una salida si no puedo escapar del dolor que me aferra a...? No tengo raíces-candado estrujando mis brazos y sin embargo estoy cautiva.

Un intento fallido de llanto sacude mis labios, es un llanto que nace apagado entre las asfixiantes cuevas que batieron mi existencia. De golpe soy dueña de una claridad vaga y parpadeante. ¿Dónde quedó el ayer, mi ayer?

Descubro mis ojos secos y pequeños, ya no tienen lágrimas que derramar, el pozo de mi corazón-semilla se ha secado, mis lágrimas se han desparramado por el hondo agujero de dolor y traición que socavó mi vida. ¿Cuánta traición puede contener un momento? Nunca debí pisar esta tierra de perdición, de mi perdición... La región de Dano. ¿Cuánto daría por unas gotas de Dazh?

¿Será esto el designio del...? Zeo... Zeo..., ¿tú lo sabías? ¿Por qué me alentaste a buscarlo? ¿Por qué estoy aquí? Zeo... ¿Por qué me traicionaste? Yo te creí. Yo lo creí.

Se desgarra mi garganta seca y cuarteada sin que emita llanto.

—No llores, nadie sufre para siempre.

—¿Quién es?

—Mi nombre es irrelevante, aún lo recuerdo, pero con seguridad lo olvidaré muy pronto. Soy Awa, Awa... Awa...

Y yo soy...

Yo soy... Dolor...

No.

No.

Awa ya no está, se ha marchado. Mis manos la han herido.

Yo soy Awa. Yo soy Awa...

No.

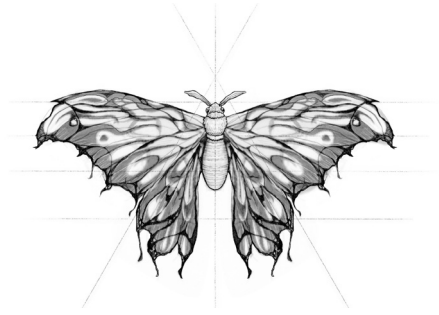
No.

Mi nombre es... Erith. Sí, Erith, y vine... vine por el No-veno Destello.





# Inicia la búsqueda



—¡E rith, Erith, despierta!

—¿Qué, qué sucede?

—¡Debemos irnos! —apresuró a decir Kedaón con angustiosa voz.

—Eh, sí —medio viendo a su alrededor—. ¿Y Mug?

—¡No sé dónde está! —respondió el rebelde mientras guardaba sus cosas a toda velocidad.

Muy cerca de ellos, Saha metía apresuradamente puños de escarabajos negros a su enorme gabardina de mil bolsillos mientras le dirigía una penetrante mirada a Erith.

—¡Ha sucedido algo terrible!

—¿Me han descubierto? —la sábila se frotó los ojos despertando al pánico de su mirada.

—¡Vamos! Levántate. Están arriba y no tardarán en encontrar la entrada.

—¿Quiénes? ¿Quiénes son? ¿Vienen por mí? —preguntó Erith ya espabilada y asustada.

—¡Los centinelas! —le respondió Kedaón mientras golpeaba una de las paredes del escondite con más cálculo que fuerza—. No puedo permitir que te capturen de nuevo. Mi deber es proteger a quienes persigue el Hijo del que lloraba.

—Gracias —afirmó tímidamente Erith bajando su cabeza marchita—, si no fuera por ustedes... Sé que proteges a muchos más.

—No es así —le dijo Kedaón limpiándose el sudor de la frente y recordando a la pequeña Shiga, la niña que había sido arrebatada a sus padres por los centinelas y que él había prometido regresar—. No a todos he podido ayudar. Tengo deudas de honor por pagar herba, pero tú no serás una más.

La sábila no quiso hacer más preguntas y se apresuró a ayudar a Saha con su sinfín de objetos por guardar.

—Saha, necesito que abras un hueco en este muro —ordenó Kedaón.

—¡Bestias del abismo! Si tuviera mis cristales de música podría utilizarlos para abrir la pared, pero los tiene Dréngara —se lamentó la hechicera—, ella los estaba puliendo.

—Tampoco alcanzó a entregarme mis nuevas armas —se quejó el rebelde—, todavía no terminaba de hechizarlas. Me dijo que iban a ser las mejores en toda Hérbatra.

—¿Piensas que podemos escapar por un túnel de alguna raíz? —inquirió la hechicera llevándose las manos a su cabeza.

—Por supuesto que no Saha, del otro lado hay un enorme hueco —le explicó el orquídea. Luego, alzó la vista y miró al techo.

—¡Pues tendrás que apurarte porque los centinelas no tardarán demasiado en bajar! —apremió Saha y extrajo de su gubardina un vientre de escarabajo de color rojo brillante—. Cómelo, su contenido hará que te pongas furioso y golpees con mayor fuerza el muro.

Un prolongado rechinado, semejante al de dos enormes y lisas piedras al frotarse, se escuchó.

—Ese ruido me parece familiar —comentó la hechicera—. ¡Escuchen!

Los tres guardaron silencio y dirigieron su mirada hacia la escalera.

—Ppppzzzzzzzzzzzzrrrcchhh.

—Es la flauta... —dijo Saha arrastrando las letras—. La flauta de ajo\*. Están perturbando las aguas con su ruido. ¡Van a abrir el caldero!

—Calma, calma, debemos concentrarnos —señaló el orquídea moviendo las manos como si aplanara el viento—. Estoy seguro de que al otro lado del muro hay un camino que nos puede sacar de aquí.

—¡Bestias! ¡Pues qué esperamos! ¡Intentémoslo! Usemos la base de una de las camas como pico —sugirió Erith.

Kedaón la miró complacido y se llevó a la boca el vientre que Saha le había dado.

—Bien pensado herba, actuemos rápido.

—¡¡Mug!! ¿Dónde estás? —gritaba Erith mientras corría a buscarlo por las habitaciones del sótano.

—Deja de gritar herba —la reprendió Saha—, mis escarabajos ya lo buscaron. Créeme, él no está aquí.

—¿A dónde pudo haber ido?

—No lo sé. Por el caldero es un hecho que no fue ya que no hay forma de abrirlo desde adentro. Lo cierto es que hay algo muy extraño en su desaparición, pero no tenemos tiempo para indagarlo.

El estridente sonido parecía aumentar a cada instante que pasaba. Los centinelas habían sometido a Dréngara, la vieja ortiga que protegía la entrada al escondite de Saha, para obligarla a revelar a quién escondía en el sótano y cómo ingresar en él. Para conseguirlo le habían hecho tragar un vientre de escarabajo de la verdad, no sin sufrir varias mordidas y golpes a pesar de su breve tamaño y su avanzada vejez.

—¡Dentro de muy poco se empezará a evaporar el agua! ¿Hay alguna manera de detenerlos, aunque sea por unos instantes más? —le preguntó Kedaón a Saha después de golpear la pared un par de veces.

Mientras la hechicera reflexionaba, uno de sus escarabajos salió de uno de sus bolsillos y emprendió el vuelo alrededor de ella zigzagueando de manera inusual.

—Ahora no, Caduno, no es tiempo de jugar.



El insecto se detuvo sobre su mano y Saha lo observó detenidamente.

—¡Vaya, que buena idea! ¡Eres un buen escarabajo! Sábila, ¿sabes cantar?

—¿Por qué? —Respondió Erith sorprendida.

—Olvidalo, no hay tiempo. Poco importa si tienes la habilidad —con delicadeza le desprendió el vientre a Caduno y se lo metió a Erith en la boca sorprendidamente—. Come esto. ¡Vamos, querida, no tenemos todas las lunas del mundo!

Erith lo masticó con recelo y a poco sintió que se le calentaba la garganta.

—¡Canta! —le ordenó Saha.

—¡Pero yo no sé cantar!

La hechicera ignoró su respuesta y sacó de otro bolsillo la flauta de eucalipto\* con la que le había transformado la voz a Mug.

—¡Que cantes, te digo!

Con prontitud se dirigió hacia las escaleras, se detuvo en el último escalón y comenzó a tocar. La música de aquel instrumento se mezcló con el horrible chirrido proveniente de la planta superior. Al paso de cada nota, su melodía subía de tono y se tornaba más y más armónica.

Erith hizo su primer intento:

—Tr, mr, ehm... mmm... ejem...

La hechicera frunció el ceño y le clavó la mirada con impaciencia.

Una voz cantarina salió de la boca de Erith a la par que sus ojos extrañados miraban con cuidado a Saha:

Tres arenas hay en Zertha,  
bajo los montes que van al Gran Ááárbol,  
una es amarilla  
la otra roja y la última azul...



“¡Por el Gran Sabio, *Viviremos en Él!* Así no va”, se reprendió Erith en su interior mientras cantaba una de las viejas canciones que solían enseñar a los niños en su aldea.

Tres arenas hay en Zertha,  
bajo los montes que van al Gran Ááárbol,  
en una hay arcilla  
que cuando se moja se hace baarro...

“¡Qué tonterías estoy diciendo! Ya me imagino lo que pasaría si me escucharan en mi aldea”, pensó avergonzada.

Gracias al vientre del escarabajo, el canto de Erith sonaba bello y melódico como el trinar de un ruiseñor-eucalipto y las aguas para conjuros del caldero dejaron de evaporarse y algunas gotas abandonaron la pequeña nube de vapor regresando al enorme caldero.

—¡Continúa! ¡Continúa, herba! —gritó la ortiga emocionada retomando su melodía para que no se rompiera el hechizo.

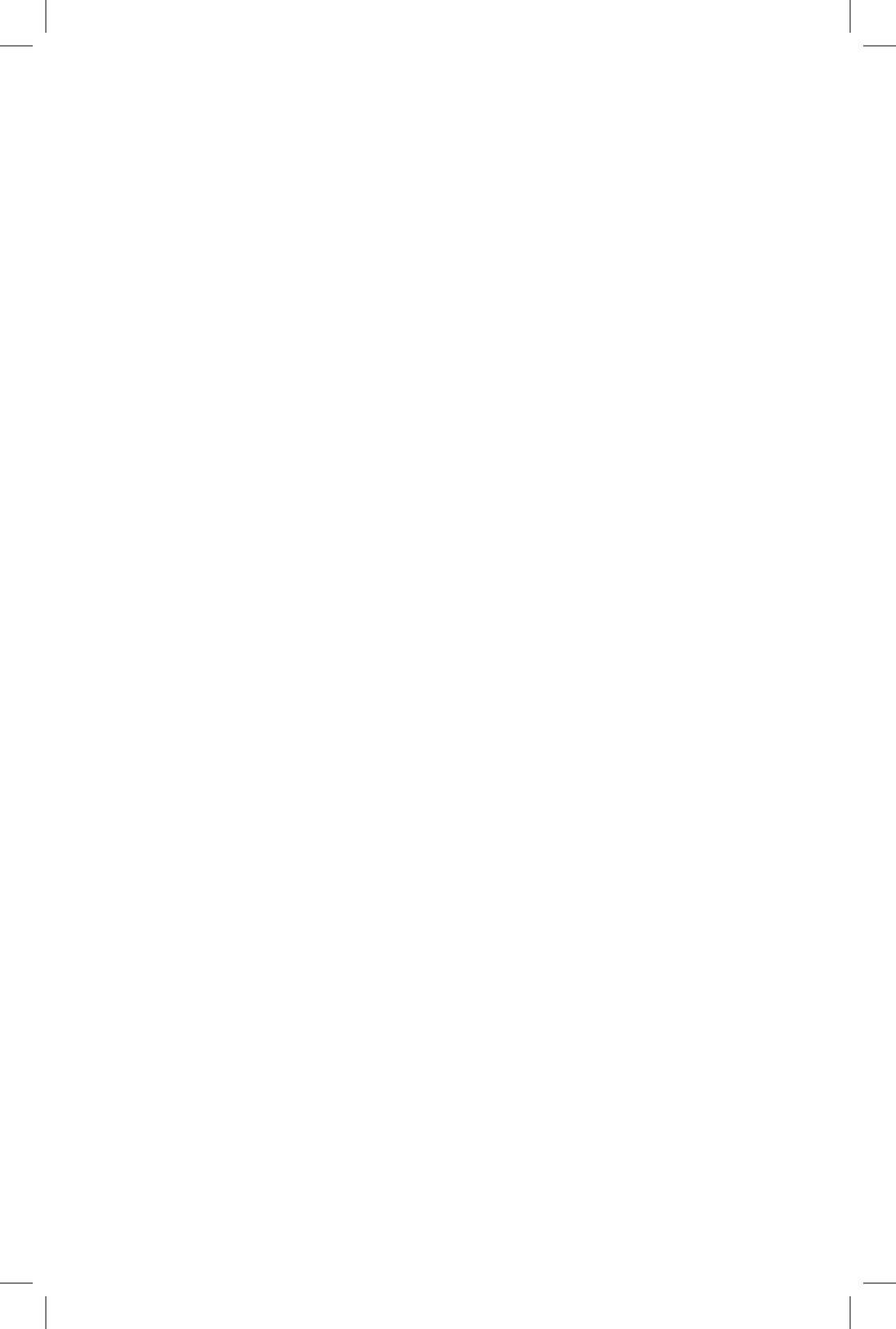
Mientras Saha celebraba el éxito de Erith en el sótano, arriba los centinelas se extrañaban al ver la reacción adversa del líquido.

—¿Qué sucede? ¿Por qué llueve sobre el caldero? —le preguntó uno de ellos a Dréngara.

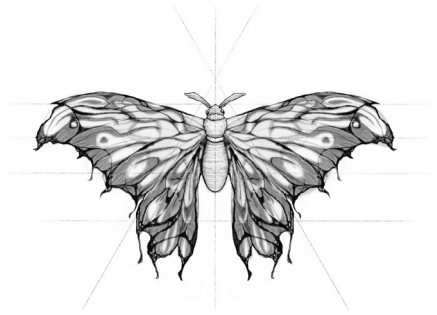
—No llueve, sólo las aguas regresan a su origen, probablemente haya un canto que las tranquiliza —la anciana contestó perdida en su trance; una mueca inestable parecía surgir de las comisuras de sus labios como si una sonrisa quisiera asomarse tímidamente.

—Por la Orquídea del volcán, ¿ahora qué hacemos? —preguntó un centinela, mientras los demás aguardaban impacientes.





# El secreto de Endeham (Lo que realmente pasó)



Muchas lunas atrás, antes de que el insólito volcán de MDano apareciera sin que hiciera erupción y se coronara con una gran orquídea que atraía a cientos de escarabajos, existió un joven Maestro cuyos conocimientos eran alabados y admirados por sus discípulos y envidiados por mentores y Amantes. Su peculiar estilo de trabajar en solitario, enterrado entre libros de Lunas tanto alados como inanimados durante el día y hundido en la oscuridad de la noche observando los rayos de los astros, lo solían abstraer completamente del mundo cotidiano. Su extraño proceder provenía de una latente obsesión: comprender lo que había detrás de la maldición que les había arrebatado la belleza a los sueños.

Era un herbo entrado en lunios\* al que le gustaba atesorar conocimiento, poco decía de sus descubrimientos, y los Aprendices que tenía a su cargo lo consideraban una fuente de sabiduría, pero pocos podían atragantarse en ella. Endeham era receloso de su sabiduría.

Una noche de tormenta, mientras contemplaba un manuscrito, se sintió observado y molesto. El disgusto fue mayor al ver a un insecto guareciéndose de la lluvia por encima del marco de su ventana al interior de su habitación. Endeham, agraviado por la interrupción, tomó una hoja de palma larga y ahuyentó enérgicamente al insecto, el cual no pareció

inmutarse. Ya iracundo, Endeham abrió su ventana dejando entrar al vendaval y, con fuerza, dejó caer la palma sobre la mariposa para arrojarla al exterior. El movimiento fue rápido y la mariposa desapareció entre las incontables gotas de lluvia.

Esa noche Endeham durmió intranquilo, un sueño inquisitivo y repetitivo lo asoló. Sin poder contenerse más, se levantó y comenzó a escribir con detalle lo que sus sueños le dictaban. Después de varias noches de trabajo, cálculos complejos, el resultado lo consternó sobremanera: sobre su mesa de estudio no descansaba un descubrimiento en beneficio de su comunidad, estaba la fórmula más precisa para desatar la devastación de lo que él conocía como la raza herba. Unas lágrimas pequeñas se formaron en sus ojos y cayeron sobre sus escritos. Éstas jamás habrían de irse de sus ojos.